

Dónde están los criminales (continuación)

Tercera parte

Capítulo 38. Las elecciones.

Era, sin duda, un día de gloria para los políticos y más glorioso aún para los que salieran vencedores. Sin embargo, muchos de los españoles que se dirigían a las urnas aquel 20 de Marzo de 2008, lo hacían con un gesto de pereza, de incredulidad y de hastío, provocado, probablemente, por la multitud de desilusiones que habían sufrido a manos de la clase política, una raza experta en hacer promesas que más tarde incumplirían con disciplina mientras alegarían con descaro que contaban con el apoyo de la mayoría de los españoles, que habían expresado su voluntad en las urnas de modo inequívoco y transparente. No eran pocos los que desistían de acudir a la cita, por las mismas razones que provocaban la falta de entusiasmo de sus compatriotas al empujar por la ranura el sobre que certificaba su entrega de poder simbólico a manos de un grupo de soberbios ansiosos de gloria y dinero que no dudarían en utilizarlo en su propio beneficio.

Sin embargo, una gran multitud de jóvenes y miembros del club de Prometeo contrastaba con el resto de los votantes, al mostrar sus rostros ilusionados ante la propuesta de un cambio drástico en el comportamiento de los políticos, la incorporación a esa clase maldita y odiada ya por los ciudadanos de unos hombres y mujeres que se merecerían sus sueldos, al menos en parte, y que administrarían el poder otorgado por los ciudadanos de una manera aceptable. Estos ciudadanos ilusionados tenían sus motivos, ya que habían visto cómo el PMI gobernaba en municipios y comunidades durante dos años y sus miembros cumplían a rajatabla el programa con el que se presentaron a las elecciones en su momento. Los jóvenes liderados por Prometeo no iban de farol y sus promesas revolucionarias, que incluían la instauración de la Tercera República, coincidían con el clamor popular que se preguntaba, entre otras cosas, por qué en pleno siglo XXI, una familia que provenía de ilustres tiranos borbónicos continuaba recibiendo dinero de un estado que había sufrido la opresión de sus antepasados. Quizá este no era el avance más importante que proponía el sorprendente programa del Partido de las Mentes Inquietas, pero era una clara muestra de sus intenciones.

Reunidos en la sede del partido en Madrid, la plana mayor del partido, incluidos Prometeo y sus amigos, se disponían a vivir otro día de tensión, nervios y recortaduras de uñas en los ceniceros. La experiencia que les proporcionaba aquella victoria en las municipales les hacía estar más tranquilos y la inestimable ayuda de los porcentajes superiores al sesenta por ciento que se fueron barajando durante todo el día a su favor les mantuvo optimistas aunque con la euforia contenida.

El día duró lo que tardó el sol en ocultarse tras los edificios, como siempre, y tras el cierre de los colegios electorales, comenzaron a arrojar cifras oficiales, que no dieron ninguna sorpresa a nadie y terminaron con un histórico sesenta y tres por ciento de los votos al final del recuento que hicieron doblar la rodilla al resto de los partidos y

consiguieron que el Partido Socialista e Izquierda Unida les ofrecieran su apoyo, en parte resignados y en parte con aquella tímida alegría que invade a los perdedores de izquierdas, que se contentan con que un partido progresista impida que gobierne la derecha en España.

Por su parte, la derecha enloquecía, viendo cumplidas sus peores expectativas y con el peor resultado de su historia, reducidos a una minoría extremista en la que se habían concentrado, como en el precipitado de una disolución dejada en reposo en un tubo de ensayo, las peores hordas de militantes de la extrema derecha, incluidos algunos de los participantes en las reuniones que habían tenido lugar en Portugal y que seguirían conspirando contra lo que sería el gobierno a partir de aquel día. En la sede del partido de la gaviota azul, un hombre de más de cincuenta años lloraba desconsolado con las gafas en el suelo, mientras las lágrimas mojaban su barba canosa que había sobrevivido ya a dos derrotas en las generales. Dándole palmadas en la espalda con aire preocupado pero no sorprendido, le consolaba un hombre menudo con bigote acompañado de una señora también mayor y teñida de rubio.

-No te apures, hombre, que esto no va a durar mucho tiempo. Ese Prometeo se va a caer con todo el equipo en una sola legislatura. Los detalles déjamelos a mí. Este país, que se ha vuelto estúpido, ha rechazado dos veces a un candidato moderado y razonable, a un gran orador como tú eres... pues quizá tengan que aceptar, sin tardar mucho, a alguien que vuelva a gobernar España con puño de hierro... cuando la democracia flaquea, ya se sabe...

Mientras tanto, ajenos a toda derrota y tristeza, estaban los miembros del PMI, festejando la victoria en el comienzo de la juerga más grande que se había visto en Madrid desde la Movida. La ciudad se vistió de gala y la noche exhibió toda su juventud e imprudencia, mientras Prometeo y Helena se consideraban los seres humanos más felices de este pequeño planeta, situado en una esquina del inmenso universo.

Esta vez no habían hecho falta guerras ni atentados. De manera pacífica y alegre, este país sorprendente en el que vivimos acogió con entusiasmo un nuevo cambio en su gobierno, sin sospechar que daría lugar a algunos de los acontecimientos más brillantes y también a algunos de los más macabros de su turbulenta historia.

Capítulo 39. La república de España

Virgilio estaba muy concentrado. Se encontraba en una clase de Historia de la Filosofía Contemporánea, no muy poblada por ser una asignatura de cuarto curso a la que no podían acceder más que los alumnos que hubieran recorrido el largo y emocionante camino que comienza en Grecia y divaga por la Edad Media y la Edad Moderna, recalando en prolíficos y geniales pensadores como Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Guillermo de Ockham, Descartes, Kant o Sartre, entre otros muchos...

A pesar de lo que estaba disfrutando con la clase, no podía evitar pensar en la tremenda valentía que había tenido Prometeo, al ejecutar sin que le temblara el pulso, el 4 de Abril, la primera de las promesas electorales de su programa: tras obtener todas las mayorías que fueron necesarias y cambiar la constitución, había convertido el reino de España en la República Federal de España, desposeyendo a la familia real de todos sus derechos dinásticos y aceptando provisionalmente el cargo de presidente, a la espera de unas elecciones en las que permitiría presentarse a Juan Carlos, como un candidato más. Este cambio institucional, desde cualquier punto de vista, era importante ya sólo por su simbología y la alegría de los jóvenes republicanos inundó las calles de banderas tricolores, que más de uno hubo de desempolvar y algún otro adecentar por haber servido de pancartas en más de una manifestación reciente.

Cuando la clase hubo concluido, Virgilio se dirigió a la cafetería de la facultad, entrañable local adornado con fotos y símbolos de viejos grupos de rock que hicieran furor en la segunda mitad del siglo XX y que se habían convertido en clásicos. Era irónico, sin duda que los representantes de un movimiento subversivo e irreverente que pretendía romper con todos los estándares en la música y en la política terminaran siendo reconocidos como reliquias de la vieja música. Era muy posible que si alguno de ellos lo supiera, dondequiera que se encontrara, se entristecería porque el mundo no comprendió su mensaje; pero, sin duda, la mayoría se estremecerían al pensar que el mundo buscó un mensaje donde sólo había juventud, amor por la música y ganas de vivir intensa y rápidamente. Aunque, por otra parte, no sería disparatado añadir que ese mismo podría ser el mensaje y el motivo principal del rock... en fin, divagando mentalmente en torno a todo aquello se encontraba el pensador Virgilio, cuando una bella muchacha morena de ojos azules se le acercó por detrás y pudo oler su perfume, incluso su olor corporal, que le trajo de vuelta de sus pensamientos y le impulsó a decir sin duda alguna:

-Buenos días, Teresa. La atmósfera decadente de este antro de pensadores ha cambiado de manera radical con tu presencia.

-No hables así de la cafetería de tu facultad. Es un entrañable... antro. –dijo Teresa, divertida, y después besó dulcemente a su afortunado interlocutor.

-¿Qué tal te va con Helena? ¿Es buena como profesora? –le preguntó Virgilio. Y es que, finalmente, Teresa había ingresado en la cúpula del club, formada en esos momentos sólo por Helena, por la condición de estudiante de Virgilio. La flamante esposa del presidente del gobierno y jefe de estado en funciones estaba enseñando a Teresa cómo llevar el club, puesto que la última noticia era la inminente candidatura de Prometeo a las elecciones para presidente de la república y el más que anunciado

nombramiento de Helena como primera ministra de su gobierno. De ahí la formación de Teresa como nueva líder del Club de las Mentes Inquietas, con Helena como profesora, que había comenzado hacía un mes.

-Tiene talento para la enseñanza, pero sobre todo es agradable y mi mejor amiga... ¡Qué voy a decir yo de ella! –contestó Teresa.

-Lo cierto es que hemos tenido buen gusto con las mujeres, mi amigo Prometeo y yo. Aunque siempre he pensado que sois vosotras las que elegís...

-¡Y no te equivocas! Pero si quieres atribuirte el mérito, no me importa. Es un tópico muy acertado aquél que dice que los hombres tenéis un ego muy delicado. Cualquier contrariedad podría debilitar vuestra confianza en vosotros mismos.

-¡Ah, las mujeres del siglo XXI! Sois terribles... habéis conseguido convertirnos en el sexo débil y, no contentas con ello, ahora ocuparéis los cargos de primer ministro y líder de un movimiento filosófico-político, siempre reservados, con buen juicio, a los hombres. –dijo, evidentemente bromeando, Virgilio ante la risa de Teresa, que era lo que pretendía.

-Tu humor machista y anticuado me reconforta al pensar que las cenizas del machismo que significó tanta represión para las mujeres en el pasado, hoy pueda ser utilizado para la hipérbole humorística sin resentimientos ni culpabilidades –dijo, soñadora, Teresa.

-No caigas en el optimismo enfermizo, querida. Aún quedan buenas muestras de aquello que intentas enterrar en todo el mundo, no olvidemos los países árabes y orientales, por no mencionar la terrible cifra de mujeres muertas por maltrato, que sigue superando la cincuentena –contestó, con tono tierno pero con una pizca de reprimenda por la ingenuidad que había aparentado su novia en su intervención anterior.

-¿Qué sería de tu pesimismo sin mi optimismo enfermizo, mi querido Virgilio? –se defendió, volviendo al humor, Teresa.

-Es cierto. Por suerte, nos complementamos y creo que es eso lo que hace que tus labios me atraigan como un polo positivo que tira desesperadamente de mi ser, negativo por naturaleza. Me alegra, por otra parte, que prograses en tu aprendizaje, porque va a recaer sobre ti una gran responsabilidad. Por otra parte, no me preocupó, conociendo tus capacidades y las de Helena como profesora y teniendo en cuenta la inercia de éxito que tiene el poderoso equipo de profesionales del club.

-Y haces muy bien en no preocuparte. Por cierto, ¿qué tal las clases esta mañana?

-Te diré que muy interesantes, pero, paradójicamente, no quiero aburrirte con su contenido. Por tanto, sugiero que nos larguemos de aquí lo antes posible y vayamos al cine. Creo que estrenan la segunda parte de Alatríste. ¿Qué te parece?

-Paradójicamente razonable –zanjó Teresa y Virgilio asintió en señal de aprobación.

Capítulo 40. Una conversación reseñable

Eran las cuatro de la tarde de un día lluvioso de finales de abril. En una tasca madrileña, de renombre por ser frecuentada por intelectuales y sobre todo por haberlo sido en el pasado, se encontraban sentados dos hombres de diferente aspecto, pero que mantenían una conversación entretenida y cordial. El tono de ambos, así como las sonrisas que dejaban escapar delataban amistad entre estos dos hombres tan distintos. Uno de ellos llevaba el pelo largo y una perilla descuidada, y su ropa era de la calidad justa para que le hubieran permitido la entrada en el local que, dicho sea de paso, no era muy exigente con la indumentaria de sus parroquianos. El otro, en cambio, llevaba un corte de pelo impecable y un traje caro, además de un afeitado que, sin duda, había sido ejecutado por un barbero aquella misma mañana.

-Es cierto, Ricardo. Este lugar tiene un encanto especial, como me dijiste. Sobre todo si piensas en los ilustres literatos que han tomado café en estas sillas. Pero, cambiando de tema, me gustaría saber cuál es tu opinión sobre el tema de moda: ¿Qué te parece que ahora seamos una república federal? -le dijo el hombre del pelo largo a su interlocutor, Ricardo, el hombre del traje impecable, con una expresión evidente de conocer su opinión y, a pesar de ello, querer oírla de su boca, quizá para iniciar una discusión o sólo por irritar un poco a su flemático amigo.

-Tu pregunta es atrevida, José, puesto que me hace tomar partido en política y no me agrada demasiado hacerlo -respondió Ricardo, algo molesto. -A pesar de ello, te diré que me parece una falta de respeto, por parte de nuestro gobierno actual, apear de su cargo a un personaje que tanto ha hecho por lograr la democracia y mantenerla en nuestro país. Sin duda, lo considero una muestra inicial de la radicalidad del ejecutivo que ha elegido mi apreciado populacho.

-Sabía que dirías algo parecido, mi querido Ricardo, pero debo objetar a tu opinión, si no te molesta, que lo esencial de la democracia que defendió en su momento don Juan Carlos es que la legitimidad del poder reside, precisamente, en el populacho al que me consta que adoras.

-Y, con ella, José, si no me equivoco, el pueblo en cuestión debería ser consciente de que se contrae una responsabilidad. El poder no es sólo un derecho libertino e inalienable de todo ciudadano en una democracia, sino que, como sabes, implica la reflexión y la madurez que hubiera hecho falta para darse cuenta de que no se debe dejar tirado de esta manera a un jefe de Estado tan intachable como lo ha sido Juan Carlos I.

-Estoy de acuerdo contigo, pero tengo entendido que se le va a dar la oportunidad de presentarse a las elecciones para presidente de la república. Si es tan digno del cargo como tú dices, será elegido por el pueblo y ostentará su cargo de manera legítima y democrática.

-Me temo, querido José, que olvidas un par de cosas. En primer lugar, don Juan Carlos ostentaba un poder legítimo y democrático, pues en el referéndum para la aprobación de la constitución española venía implícita la forma de Estado, que era una monarquía parlamentaria y la persona en quien recaería la corona, además de los derechos de sucesión. Por otra parte, dudo que la juventud que ha impulsado al partido radical que

nos gobierna al poder, con un programa republicano, opte por revalidar en su cargo al rey al que han privado de su corona con sus votos.

-He de rendirme ante la pura lógica de tus razonamientos, Ricardo. Pero si el pueblo no elige a Juan Carlos, ¿quién será entonces el presidente de nuestra república?

-Sólo el tiempo puede contestar a tu pregunta, José.

-Sin duda, lo que dices es evidente, pero, en tu opinión, ¿quién puede presentarse, con posibilidades de ser elegido, contra Juan Carlos?

-Yo opino que esas elecciones las tiene ganadas el candidato que se presente por el PMI. Lo que ignoro es qué personaje nos tendrá preparado el bueno de Prometeo para tal cargo honorífico.

Tras aquellas palabras de Ricardo, ambos contertulios quedaron pensativos, pues ignoraban, por su costumbre de no ver la televisión, la noticia de que Prometeo era el candidato del PMI. Sin duda, se enterarían a la mañana siguiente, cuando colocaran ante sus narices su periódico habitual.

Capítulo 41. La investidura de Helena.

Los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez que el propio pueblo español tardó en tomar conciencia de la auténtica revolución de la que estaba siendo testigo. Era cierto que el procedimiento era totalmente democrático y siempre había sido el mismo pueblo quien había votado el programa político del PMI, la reforma de la Constitución y la elección del presidente de la república. En unos pocos meses, el rey don Juan Carlos había sido destronado y derrotado de manera humillante en las elecciones presidenciales por Prometeo, cuya ascensión había sido meteórica. Y, de manera brillante, Prometeo había aprovechado su doble cargo en funciones para sustituirse como primer ministro por su genial esposa Helena, primera mujer en ocupar ese puesto en la historia de la democracia española. De esta manera, lo mejor del Club de las Mentes Inquietas ocupaba la cúpula del gobierno de la nación. Helena no tardó en disminuir los detractores del PMI, aún más, debido a su excepcional encanto, que hacía que incluso sus enemigos, quienes trataban por todos los medios de odiarla, no tuvieran más remedio que adorarla y admirarla, tras sus protestas desganadas.

La flamante primera ministra anunció que se continuaría inmediatamente con el programa del partido, aumentando el sueldo mínimo interprofesional y concediendo la autonomía total al País Vasco, como estado libre asociado y con el derecho de romper todos los vínculos si lo decidía el pueblo vasco en referéndum. En cuanto a esto último, fue todo un éxito social. El País Vasco entero se inundó de euforia y alegría. En el referéndum se mantuvo la asociación con la república federal y, como último golpe en la negociación, el gobierno propuso el traslado de todos los presos de E.T.A a Euskadi, transfiriendo las competencias de sus condenas al gobierno vasco, a cambio de la total desaparición de la organización terrorista. Sorprendentemente para algunos y de manera razonable para otros, E.T.A. se disolvió, agradeciendo al gobierno de la república su comprensión y su gestión brillante del final del conflicto. La llegada de una mujer a primera ministra y el fin de la terrible organización terrorista que había

tenido al país atemorizado durante décadas conmovió a toda la ciudadanía y el gobierno de los filósofos, apelativo cariñoso con el que el pueblo se refería a su ejecutivo, conseguía uno de los más brillantes éxitos políticos de la historia del país, con el que habían soñado gobiernos anteriores desde hacía muchos años.

Helena se había convertido en un ídolo de masas, tanto como su marido, Prometeo. Cuando ambos salían a cenas oficiales en sus grandes y lujosos coches blindados, eran vitoreados, aplaudidos y halagados de mil maneras por multitudes entusiasmadas. No se había visto nunca un gobierno democrático tan idolatrado por su pueblo.

No obstante, Helena y Prometeo no perdieron sus viejas costumbres. Seguían reuniéndose, de cuando en cuando, con sus amigos de siempre. Una noche, Virgilio, Teresa, Felipe, Claudia y Luis, se encontraban en el palacio de la Moncloa, en las estancias presidenciales, tomando vino alrededor de la chimenea que a Prometeo y Helena les gustaba mantener encendida, a pesar de que la temperatura era siempre ideal en aquella lujosa casa. Luis, en un arrebato de inspiración, tomó la palabra y se dirigió a la pareja de gobernantes en términos casi poéticos.

-Queridos amigos, Helena y Prometeo. Habéis desafiado a la costumbre política, al poder y la ambición en defensa de unos ideales puros por los que cualquiera de nosotros y cualquier demócrata con ilusiones de igualdad entre los ciudadanos hubiera dado lo que fuera. A pesar de la aclamación popular, no habéis cambiado, y una prueba irrefutable de ello es que mantenéis vuestra amistad con un simple escritor, mujeriego y de reputación dudosa como yo. Desconozco la opinión del sabio Virgilio, pero yo diría sin dudarle que si ha habido alguna vez un político realmente digno de su cargo, vosotros dos lo sois con creces. ¡Que viva el gobierno de los filósofos, como dice la voz del pueblo! –y levantó su copa, instando a hacer lo mismo a los demás y proponiendo, como en los viejos tiempos, un brindis tras su discurso.

-No tengo nada que añadir a lo dicho por nuestro amigo y brillante escritor, salvo quizá corregirle en su concepto de sí mismo. No es sano que te subestimes tanto cuando el mundo entero ha caído rendido ya ante tu obra. Todos tenemos vicios y no conozco a ninguna persona sana que no los tenga. De hecho, si conociera a alguna persona así, no confiaría en ella demasiado. De modo que, recordando las palabras de Prometeo aquella noche en la playa de la Concha: ¡Que viva el nuevo Lord Byron! –y tras las palabras de Virgilio, todos brindaron, dándole palmadas en la espalda a Luis y abrazando a Helena y Prometeo.

La vida no nos da muchos momentos de felicidad e intensidad como los que vivieron durante los primeros meses de gobierno los integrantes del “grupo de los filósofos”. Ellos los disfrutaron con pasión, atraparon el momento, deseando que el tiempo se detuviera, por si en el futuro les esperaban disgustos que empañaran su alegría de aquellos tiempos. Quién sabe, quizá alguna especie de intuición les decía que algo tan bueno no podía durar mucho... De cualquier manera, no había que ser vidente para predecir que la victoria, el éxito y la felicidad son efímeros para todo mortal.

Capítulo 42. Una ley polémica.

Comenzaba de nuevo el otoño, acabando así un verano, el de 2008, que fue relajado, tranquilo y sin contratiempos para el “gobierno de los filósofos”. Todas las reformas sociales, constitucionales e incluso la negociación con E.T.A. y su definitivo abandono de las armas no habían hecho sino incrementar la confianza del pueblo en su gobierno y que las masas, contentas y satisfechas, aclamaran en su gran mayoría al ejecutivo más brillante que habían conocido.

Pero este gobierno era como una máquina de cumplir promesas electorales; no podía dejarse ninguna por ejecutar. Por lo tanto, se pasó página con rapidez y, no sin cierto estupor, Helena pudo ver en su propio programa un proyecto de ley que, al volver a leerlo y a recordarlo, instantáneamente supo que les crearía problemas. Se trataba de uno de aquellos puntos que Prometeo y Felipe habían acordado desde hacía muchos años, escribiéndolo en el programa intocable que después llevaron a las elecciones: la ley de legalización. Tenía la ventaja de ser muy simple y fácil de explicar a los ciudadanos, pero todas sus desventajas tenían que ver con aquella ventaja inicial. Consistía en legalizar el consumo y venta de todo tipo de drogas a mayores de 18 años. Helena convocó urgentemente una reunión con Prometeo, Felipe y Virgilio. En menos de media hora, los tres estaban sentados en el mismo salón en que unos meses antes celebraban la buena marcha de su gobierno.

-No puedo creer que no insistierais seriamente en discutir este punto del programa conmigo, chicos. Ignoro qué era lo que habíais tomado cuando, en vuestro apasionamiento juvenil, decidisteis incluir este proyecto en el programa electoral pero lo considero profundamente inmoral, dejando a un lado que nos echará encima a la opinión pública –dijo Helena, visiblemente enfadada con sus amigos y con su marido.

-Cariño, debes tranquilizarte y verlo desde la perspectiva que ahora mismo voy a indicarte. Cientos de miles de jóvenes nos han votado, debido en gran parte a esta ley transgresora y están esperando que cumplamos nuestra promesa, como hemos hecho hasta ahora. Te aseguro que sería en caso de no proponer esta ley cuando se nos criticaría por nuestros principales votantes en masa –dijo Prometeo, muy calmado.

-No me resulta suficiente argumento para aprobar una ley que considero inmoral. Virgilio, ¿puedes decirme cuál es tu opinión, desde el punto de vista de tu experiencia en el campo de la ética filosófica? –dijo Helena, recobrando la compostura.

-Siento tener que contradecirte por primera vez desde que te conozco, pero la ley de legalización de todo tipo de drogas para mayores de 18 años está de acuerdo con todos mis trabajos sobre ética, en los que expongo que una persona mayor de edad, cuyas facultades mentales no estén alteradas patológicamente, debería poder decidir libremente sobre su vida, lo que toma o deja de tomar y su seguridad, siempre que esto no comprometa o dañe la vida de ningún otro ser humano –contestó Virgilio con voz suave y mirando a Helena con el mismo respeto y cariño con que siempre la había mirado.

-Vaya, observo con sorpresa que esto no lo habíais escrito a la ligera. Si no me equivoco, –dijo Helena, dirigiéndose a Prometeo y Felipe –pedisteis ayuda en los temas

más peliagudos a vuestro amigo Virgilio. Sólo hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no discutisteis conmigo temas como éste?

-Querida Helena. Todos te queremos y te respetamos –intervino Felipe, que no había hablado hasta el momento. –Pero debes haber oído más de una vez de mis labios que el programa que elaboré junto a tu marido en nuestros primeros años de universidad siempre ha sido intocable, en el sentido de que no permitiríamos nunca que nuestra madurez, experiencia y, por tanto, cobardía y vejez, nos hiciera borrar una sola de las palabras que escribimos y discutimos con la ilusión y la pureza de la juventud. Esta es una condición indiscutible en nuestro partido y tú lo sabes. Por otro lado, cuando este programa se elaboró, Prometeo aún no te conocía y yo tampoco. Esa es la única razón por la que no se discutió contigo este proyecto de ley, que sí discutimos con Virgilio, porque necesitábamos una opinión instruida y culta, además de que todo lo que escribimos en nuestro programa lo pensamos con mucho detenimiento.

-Muy bien. Como miembro de este gobierno y primera ministra, así como integrante de este partido, asumo sin reservas la condición que ya asumí en su día, de respetar el programa intocable que realizasteis los tres. Así como también asumiré la responsabilidad de la totalmente probable aprobación de esta ley en el parlamento y sus consecuencias. Pero lo haré después de decir algo. Aunque he podido contemplar vuestra idea desde la perspectiva ética que ha propuesto Virgilio y me ha parecido razonable, además de que yo, como vosotros, también me he manifestado por la legalización de las drogas para los mayores de edad, opino que esta ley será el comienzo de todos nuestros problemas en el gobierno de este país. En la política, como en la vida, puedes tener multitud de aciertos y todos de gran importancia, pero cuando cometes el primer error, serás atacado sin piedad por todos tus detractores y gran parte de los indecisos. Hay mucha gente que ha pedido durante muchos años unos políticos dignos de su cargo y han gastado todas sus energías en criticar e insultar a los que ellos consideraban indignos y ,ahora que han encontrado lo que buscaban, se aburren miserablemente esperando, como espera la araña a la mosca, que caigamos en algún error y así puedan volver a descargar su sarcasmo y sus insultos contra nosotros.

Los tres autores del “programa intocable”, que les había llevado a todos al gobierno se miraron, preocupados. Al fin y al cabo, la sensata Helena volvía a tener razón y esto no era ninguna novedad. Pero la decisión ya estaba tomada hacía mucho tiempo. La ley continuaría su tramitación y sería anunciada a la ciudadanía como otra promesa electoral cumplida. Sería el pueblo el encargado de juzgarles cuando llegara su momento. Pero, dijera lo que dijera el pueblo y la prensa y aunque esto fuera un consuelo más bien pobre, podían tener la conciencia totalmente tranquila de haber cumplido sus promesas y haber presentado sus ideas al pueblo para que decidiera en las elecciones. La pregunta inquietante que quedaba en el aire era la siguiente: ¿Hasta qué punto del programa habrían leído los ciudadanos que lo votaron, el glorioso día de las elecciones generales?

Capítulo 43. Comienzan los problemas

Madrid se disponía a vivir un invierno más y los ciudadanos de la gran urbe compraban sin descanso ropas de abrigo con las que resguardarse del proverbial frío que, año tras año, regresaba para visitarles. Las caras de la gente eran de indiferencia, como siempre ocurría en las grandes ciudades, pero un observador atento quizás hubiera notado demasiadas miradas de decepción, así como conversaciones preocupadas, que hacían referencia a los políticos. Unos decían que todos eran iguales y otros que quién lo iba a decir, con lo diferentes que parecían los “filósofos”...

Lo cierto es que la profecía de Helena, aquella advertencia que lanzó a sus compañeros tras plegarse a la voluntad del grupo de cumplir escrupulosamente el programa del partido, se estaba cumpliendo y la gente había asimilado bastante mal la polémica ley de legalización. Aunque no podían echarle en cara a su gobierno que no cumpliera sus promesas electorales, les tachaban de irresponsables por incluir en su programa electoral una ley como aquella. Además, comentaban otros, tendrían que haber pensado en la triste realidad de que nadie lee los programas de los partidos políticos a los que vota y si alguien lo hace, no lo leen por completo, estudiando hasta la última propuesta de ley.

Por su parte, el ejecutivo había continuado funcionando como una máquina bien engrasada y, la mañana del cuatro de Noviembre de 2008, Helena había anunciado el nuevo punto que quedaba cumplido en el implacable programa. Se recortarían los presupuestos destinados al ejército, destinando gran parte de ellos a educación y sanidad. La medida causó gran revuelo, sobre todo entre la juventud, que invadió las calles en manifestaciones de apoyo al gobierno, festivas y pacifistas, donde se oyeron cánticos de ánimo a los “filósofos”. Sin embargo, los militares, junto con los más mayores, protestaron en los medios de comunicación y en los escaños políticos, anunciando el debilitamiento de las tropas españolas y la posible pérdida de respeto de otros países con respecto al nuestro, al ver que nos desarmábamos parcialmente, quedando a merced de los enemigos de la patria.

Quienes hayan estudiado algo la historia de la humanidad, estarán de acuerdo en el hecho de que enfadar al ejército siempre es peligroso para cualquier gobierno, no importa lo legítimo, democrático o mayoritario que éste sea. Y el ejército español, a pesar de su profesionalización y su progresiva conversión en ONG pacifista y bonachona, estaba enfadado como se enfadaba el ejército en sus mejores tiempos, siendo muy posible que se guardaran su descontento junto con el golpe bajo que les había dado el gobierno y, quién sabe cómo, lo devolvieran en el momento más inoportuno. Y si un golpe del gobierno era doloroso, no era nada comparado con un “golpe” del ejército.

-No podemos alarmarnos la primera vez que una parte de la ciudadanía nos lleva la contraria. Estamos en una democracia y todo el mundo tiene derecho a protestar y opinar sobre la gestión del gobierno. Pero nosotros tenemos el derecho y la obligación de continuar con nuestra función y cumplir con las promesas que hicimos a nuestros votantes. En definitiva, debemos respetar meticulosamente nuestra parte del contrato, del *Contrato Social* del que hablaba Rousseau –dijo Prometeo, inaugurando así, tras los saludos de cortesía, una de las reuniones que ya eran habituales en la Moncloa, donde estaban presentes todos sus amigos.

-Todo eso que dices es muy bonito, Prometeo. Hablas de un contrato social, que hicimos con el pueblo y que debemos cumplir. Estoy de acuerdo con ello. Pero hemos escandalizado a los médicos con nuestra ley de legalización y ahora hemos encolerizado al ejército al reducirle sensiblemente su presupuesto. El enorme poder que nos ha dado el pueblo en forma de una mayoría aplastante hace que cada ley que propongamos quede aprobada, casi de forma automática. Si sumamos eso a vuestro ciego afán de cumplir, letra por letra, lo que escribisteis en el intocable programa del partido, nuestro gobierno se convierte en una transferencia casi alquímica de lo que escribisteis a la realidad. Todo esto estaría muy bien si no tuviéramos en cuenta los elementos externos a esta mecánica de inercia imparable. La opinión pública, gran parte de la cual no leyó ni por asomo nuestro programa y nos votó a pesar de ello, está reaccionando ante cada uno de nuestros movimientos. Y la reacción que se está produciendo es, quizá, la más negativa que puede darse en una sociedad democrática con los antecedentes de este país. Aunque la mayoría sigue apoyándonos, la juventud y los adultos hasta los cuarenta y cinco años nos adoran, mientras que el resto de la población nos detesta, incluyendo a partir de ahora a buena parte del ejército –contestó Helena, con la serenidad y la sinceridad que le caracterizaban.

-Tu análisis es muy preciso y hay que tenerlo muy en cuenta, querida Helena. Pero el ejército español está subordinado constitucionalmente al gobierno de su país y, militarmente, están subordinados por completo a mi persona, teniendo que rendir cuentas ante nosotros y obedecer las órdenes que salgan del parlamento, así como el más orgulloso general ha de cuadrarse en mi presencia –dijo Prometeo, bastante contrariado por la indebida influencia que el ejército, que debía ser absolutamente neutral, tenía en el discurso de su esposa y primera ministra.

-Si me permitís una pequeña observación –dijo Virgilio con prudencia y mirando a la pareja de gobernantes para comprobar que se la permitían –diré que el ejército no debe ser nunca un obstáculo para que ningún gobierno funcione correctamente, sino que ha de apoyar a éste y acatar todas sus resoluciones, que emanan de la voluntad del pueblo al que han de proteger y al que pertenecen. Sin embargo, en cuanto al resto del discurso de Helena, reconozco que ha sido de una agudeza notable y sugiero que un gobierno no ha de perder nunca el contacto con la opinión del pueblo, ya que un ejecutivo bien informado con respecto a la voluntad de sus ciudadanos está siempre actualizado en cuanto a su legitimidad democrática y preparado para cualquier reto electoral, así como puede decirse que ésta es la mejor forma de cumplir el ideal que es la esencia de la democracia: el poder reside en el pueblo y el pueblo tiene que sentir que esto es así.

-Me alegro mucho de tenerte aquí, aconsejándonos con tus sabias palabras, querido amigo. Puede que, sin tu ayuda, este gobierno perdiera el norte de corrección filosófica en que se inspiró desde su inicio y mucho antes. Y en cuanto a ti, mi querida Helena, el pueblo te adora, a pesar de que no te conoce. Si supiera lo mucho que les defiendes y lo cercana que te mantienes a ellos te querrían tanto que me sentiría celoso.

Capítulo 44. Amores que matan

Desde luego, era muy cierto que el pueblo adoraba a Helena. La joven primera ministra, con su belleza angelical, su inteligencia y elegancia y, sobre todo, con su honradez, había enamorado a todo el país, incluyendo a muchos de los detractores del gobierno que encabezaba junto a Prometeo. El pueblo la llamaba con cariño “La bella dama” y las juventudes de simpatizantes del PMI llevaban camisetas con su fotografía y chillaban con histeria cuando la veían aparecer en cualquier evento. Lejos de lo que se pudiera considerar normal para una primera ministra, Helena tenía una vida pública que más parecía la de una estrella de rock.

Sin embargo, o tal vez por eso, había un conjunto de personas que no le tenían demasiada simpatía a “La bella dama”. Una fría y desapacible tarde de finales de Noviembre, en una lujosa casa de las afueras de Madrid, dos viejos conocidos hablaban con confianza acerca de la situación política del país, mientras jugaban una partida de ajedrez. La jugadora que movía las blancas era una mujer de unos cincuenta años y de pelo teñido de rubio y su rival con las negras era un hombre no muy alto, peinado a raya y con un bigote que apenas se movía cuando hablaba. No hacía demasiado tiempo que estos dos personajes se habían reunido de manera clandestina en un pueblo de la costa de Portugal y habían hablado del mismo tema. Pero la buena marcha en las encuestas del gobierno del momento y lo difícil que iba a resultar recuperar el poder en las próximas elecciones no era exactamente el tema que estaban tratando mientras movían las fichas de ese antiguo pero inmejorable juego de mesa.

-Querido amigo, no estoy bromeando. No le hablo de un líder que conecta más o menos con el pueblo, al que la gente admira y envidia, pero con el que consideraría aburrido ir a un bar a tomar unas cañas. Helena se está convirtiendo en un ídolo para las clases obreras y para la juventud de todo el país. Tenemos que hacer algo para detener su ascensión a la gloria o, de lo contrario, no viviremos para ver cómo nuestro partido vuelve a ganar unas elecciones generales –dijo la señora rubia, mientras movía un caballo blanco tallado en madera sobre el tablero barnizado y enmarcado con relieves y adornos de aspecto árabe.

-Es muy probable que tenga razón, amiga mía, pero le aseguro que no debe usted preocuparse de todo eso. Sé de buena tinta que no somos los únicos a quienes no les gusta nuestra pacifista, libertina y bellísima amiga Helena. Tengo unos colegas americanos a quienes no les sorprendería en exceso que, en los próximos meses, “La bella dama” pudiera sufrir un terrible accidente. Y le aseguro, querida, que no estoy hablando de que vaya a hacerse daño con su cepillo al lavarse los dientes...

-¿Qué está insinuando? ¡No podemos vernos implicados en un asunto de esas características! ¡Por Dios, recuerde que somos políticos! Hemos de conservar una reputación –exclamó indignada la señora rubia.

-No se altere, querida. Podría estropearle el cutis. Además, no hay razón para alarmarse. Tengo razones de peso para estar seguro de que no se relacionará a nuestro partido ni a nuestras personas con el accidente, o quizá debería decir incidente, del que le he hablado. Todo ocurrirá con elegancia y, sin duda, parecerá la obra de un fanático seguidor de nuestra primera ministra. Al menos lo parecerá en primera instancia,

aunque sospecho que finalmente cargarán con el muerto algunos responsables del ejército. Lo que ocurra, lo veremos despreocupadamente en la televisión y le aseguro que nos reiremos mucho con el triste final de una vida tan ilustre –dijo, sin poder evitar una carcajada algo reprimida, el hombre del bigote.

-Por nuestro bien, espero que así sea. Tengo que reconocer que es usted un hombre de recursos y, sin duda, siempre ha sido un hombre con contactos. Confiaré en su palabra y espero que todo esto sea por el bien de nuestro país y sirva para evitar el sórdido giro radical que había tomado nuestra querida España, que, con toda seguridad, hubiera acabado llevándola a la miseria y a la perdición –dijo, afectadamente, la señora rubia, mientras que movía la reina hacia un cuadro colindante con el rey negro y, seguidamente anunció –Jaque mate, mi querido y conspirador amigo.

-Sin duda, lo suyo es dar muerte a los reyes de sus enemigos. Déjeme a mí los presidentes o primeros ministros, en su defecto –dijo, con ironía, el hombre del bigote.

-Espero que su plan sea más eficaz que el que ha planteado durante la partida –contestó, divertida y satisfecha por su victoria, la señora rubia.

-Amiga mía, los paralelismos poéticos entre el ajedrez y la vida son muy efectistas y elegantes, pero comparar ambas cosas en serio, es vulgar e inútil. Soy un pésimo jugador de ajedrez, lo reconozco, pero en cuestión de estrategia política, la historia dará su veredicto sobre mi talento como estadista. Y le aseguro, querida, que la historia la escribimos los vencedores. Puede usted, si quiere, escribir la historia de esta partida, pues la ha ganado usted. Pero no olvide que la gran batalla por el gobierno de este país quedará escrita en la historia y me aseguraré de que quien lo escriba sea alguien de mi confianza –zanjó el hombre del bigote, con esa risita nasal que a más de uno con buena memoria le habría puesto el vello de punta en todo el cuerpo.

Mientras esta conversación tenía lugar, Prometeo y Helena disfrutaban de una tarde de invierno en aquel lujoso palacio que ahora era su casa. Helena trataba de escribir un discurso mientras Prometeo le besaba en el cuello y le daba masajes que, ciertamente, le venían muy bien para su dolor de espalda pero no le facilitaban la tarea de concentrarse ni la de escribir.

-Cariño, te agradezco mucho tus masajes, pero tengo que escribir este discurso para mañana y el contacto de tus manos y tus labios no me ayuda a concentrarme... –dijo Helena con una voz perezosa.

-Escúchame, Helena. Como te he dicho más de mil veces y tú misma habrás podido comprobar, el pueblo te ama y lo seguirá haciendo aunque tu discurso de mañana no sea tan brillante como te empeñas en que sea.

-Puede que sea como tú dices, Prometeo. Pero el amor es mutuo y el pueblo se merece que le devuelva su cariño en forma de trabajo y dedicación. Seguro que no pensaste en mí como primera ministra para que me pasara el día holgazaneando, por mucho que sospecharas que el pueblo me querría de igual manera.

-No dudo que el amor entre el pueblo y tú sea mutuo, cariño, pero de seguir trabajando sin descanso como lo estás haciendo voy a tener que darle la razón a aquella frase popular...

-¿Cuál? –dijo Helena, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

-“Hay amores que matan” –dijo Prometeo, aburrido, mientras se recostaba en el sofá y encendía el televisor.

Capítulo 45. Luis y su crítica al ejército

Carta de Luis Cembranos al ejército español:

Madrid, 10 de Diciembre de 2008

Compañeros:

Son intolerables los rumores que han llegado a mis oídos sobre siniestras conspiraciones en torno al gobierno de esta República Española, que es nuestra nación y nuestra patria. Considero que conocéis vuestras obligaciones para con la república y vuestro presidente, que es comandante en jefe de todos los ejércitos. Por consiguiente, me gustaría dejar claro mi punto de vista con respecto a todo lo que podría estar pasando.

Tenéis el deber de proteger vuestra patria y a vuestro gobierno de los ataques de cualquier fanático o ideólogo fascista que decida tomarse la justicia por su mano y cometer cualquier tipo de agresión contra los miembros del gobierno al que estáis subordinados. Por otra parte, los miembros de la inteligencia tienen la misión de detectar cualquier posible conspiración o amago de traición contra nuestro gobierno y detener a los responsables.

Sois depositarios del enorme honor de defender con vuestras vidas vuestra patria, sea cual sea, pero en este caso tenéis la enorme suerte de defender el mejor gobierno de la historia de la democracia en España. Debéis sentirnos orgullosos por encontraros en esta situación y demostrar vuestra lealtad y vuestro valor en momentos delicados como los que, según los rumores de los que hablaba al principio, podemos estar viviendo en este momento.

Nadie os ha juzgado ni os ha menospreciado desde el ejecutivo actual. Conocemos el enorme mérito y la dedicación vocacional que tiene vuestro trabajo y podéis estar seguros de que vuestro gobierno os lo agradece. Sólo debéis comprender que, en los tiempos que corren, vuestra labor en la sociedad y vuestra función han cambiado, pero no es menos importante por ello, sino todo lo contrario.

Para terminar, os agradezco de antemano el apoyo que sé que vais a prestar a vuestro gobierno y, en el nombre de la república, os animo a que sigáis defendiendo con orgullo la bandera tricolor que asegurará la igualdad y la libertad para todos los

españoles. Soldados españoles: ¡Viva la Tercera República! ¡Viva el gobierno de los filósofos! ¡Y viva el ejército español!

Luis Cembranos. Escritor e ideólogo de la república.

-Hay que reconocer que Luis ha hecho un gran trabajo. Enhorabuena, compañero –dijo Virgilio en el salón de las instancias del presidente, en la Moncloa.

-Muchas gracias, pero no he hecho más que cumplir mi deber. Conociendo el carácter de los militares de nuestro país, no importa que les riñas y les cuestiones en el principio de la carta si acabas el discurso con una emocionante oda a las excelencias de la labor militar y un enérgico “¡Viva el ejército español!” –contestó Luis, restándose importancia, aunque parecía estar de muy buen humor por el elogio de su compañero Virgilio. Ambos amigos, a estas alturas de sus vidas, se profesaban una admiración mutua y no era para menos. Virgilio ya era profesor de Ética y Filosofía Práctica en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, convirtiéndose, con 23 años, en el profesor más joven de la Complutense. Por su parte, Luis había vendido enormes cantidades de ejemplares en España, siendo traducido a más de una veintena de idiomas y ya había recibido importantes premios, como el Planeta.

-De cualquier manera, habrá que presionar a la Policía para que den con la identidad y el paradero de los conspiradores, porque algo me dice que si no les detienen pronto, nuestra salud puede peligrar en cualquier momento. O si no, que se lo pregunten a J.F.K... –dijo Prometeo, que no las tenía todas consigo, aunque conservaba su cáustico sentido del humor.

-Cariño, no podemos perder la calma. Tenemos la responsabilidad de que un gobierno tan maravilloso como el que estamos creando, con la ayuda del pueblo español, dure más de lo que tradicionalmente han durado las repúblicas en este país. Y, perdona si soy inoportuna, pero he de recordaros a todos que no estamos lejos del récord de duración que ostenta la Primera República de Pi y Margall, Castelar, Salmerón y sus colegas –dijo Helena, tratando de tranquilizar el ambiente, aunque no contribuyó mucho a ello el final de su intervención.

-Bueno, mis queridos colegas. No sé que es lo que le espera a esta república de mis amores. Sólo sé que lo que nos haya de pasar, nos ocurrirá a todos juntos. Porque estaremos juntos, como siempre lo hemos estado. Todos los aquí presentes y muchos más con cuyo apoyo contamos de manera incondicional constituimos el primer gobierno de la Tercera República. El grupo que será conocido como el “gobierno de los filósofos” y que consiguió el cariño de la gran mayoría del pueblo español, con una movilización inédita hasta la fecha. No sé vosotros, amigos, pero yo me siento enormemente orgulloso de pertenecer a esto y de ser vuestro compañero –dijo Luis.

-¡Claro que sí, Luisillo! ¡Juntos hasta el final! –dijo Prometeo, emocionado y todos se abrazaron, gritando con fuerza: “¡Vivan las Mentes Inquietas!”

Capítulo 46. La policía contra la Operación Lisboa

El jefe de la Policía Nacional, el señor López-Lima, se hallaba sentado en su despacho, leyendo un informe sobre una encuesta en relación con la valoración que la ciudadanía hacía de las fuerzas de seguridad y orden público, cuando le llegó una llamada, que su secretaria le pasó como urgente. “Más vale que lo sea”, pensó López-Lima, “porque me he quedado sin saber qué opina la ciudadanía de los altos cargos de la policía”. De cualquier manera, atendió a la llamada.

-Aquí el jefe de la Policía Nacional. ¿Qué desea? –dijo con preocupación López-Lima. No era nada normal que lo llamaran personalmente y la secretaria no le revelara el nombre del interlocutor.

-Escúcheme. No le diré mi nombre, pero puede y debe usted fiarse de lo que voy a decirle. Alguien está tramando asesinar a algún miembro del gobierno, posiblemente al presidente, pero no puedo asegurárselo. Si quieren cumplir su obligación y tienen en alguna estima la vida del presidente de la república, deberán reforzar la vigilancia en la Moncloa.

-Pero oiga, ¿cómo sé que esto no es una broma de mal gusto? –dijo López-Lima, que estaba habituado a avisos de bombas inexistentes y demás pérdidas de tiempo.

-No lo sabe. Usted decide. Pero recuerde que queda en sus manos la responsabilidad que implica conservar la vida de su presidente y del resto de miembros de su gobierno.

Y tras estas palabras, la llamada se cortó. Habían colgado. Sin ofrecerle ningún aval ni datos de ningún tipo, le dicen que alguien quiere asesinar al presidente y luego cuelgan. López-Lima no salía de su asombro. Maldita la gracia que iba a hacerle al presidente cuando le informara de que por la llamada de un posible bromista iba a tener que doblar la guardia alrededor de su casa y que unos guardaespaldas iban a acompañarle hasta cuando fuera al servicio. Pero no había más remedio. Si esto era verdad, y lo cierto es que no le extrañaba, teniendo en cuenta lo que se sabía desde hacía más de un año, es decir, las conversaciones en Portugal de los líderes más extremistas de la derecha, que estaban bastante exaltados por los cambios radicales que había dado el estado... En fin, que si era verdad, no podía arriesgarse a que algún francotirador o vaya usted a saber quién, le descerrajara un tiro en la cabeza al presidente de la república bajo su mandato en la Policía Nacional. Nada de eso. Iba a destinar inmediatamente más hombres a la seguridad del Palacio de la Moncloa y guardaespaldas para todos los miembros importantes del ejecutivo. Si iba a intentarse un atentado, estarían preparados. Tras emitir las órdenes pertinentes, marcó el número del presidente.

-Dígame –contestó Prometeo, algo alarmado. La alarma era natural, teniendo en cuenta que tenía al otro lado de la línea al señor López-Lima, jefe de la Policía Nacional y le había llamado a su móvil, que tenía por cuestiones de seguridad.

-Buenas tardes, señor presidente. No quería molestarle en estas fechas cercanas a la Navidad, pero he recibido una llamada bastante alarmante. Se lo diré sin rodeos. Su vida y la de sus allegados puede correr peligro.

-¿Cómo dice? Mire, López-Lima, si es una broma, no tiene ninguna gracia.

-Señor presidente, le aseguro que yo no le estoy gastando ninguna broma. No puedo garantizarle que no nos la estén gastando a nosotros, pero, como comprenderá, no podemos arriesgarnos. Recibimos una llamada anónima, que no pudimos localizar, de un tipo que afirmaba que se estaba planeando un atentado contra su vida o la de alguno de los miembros más importantes de su gobierno. Ya he ordenado que se tomen medidas de seguridad y a partir de ahora, su mujer y usted dispondrán de dos guardaespaldas armados y entrenados con disciplina. Es todo cuanto podemos hacer por ahora, pero seguiremos investigando y vigilando cualquier movimiento sospechoso. Le mantendré informado.

-De acuerdo, hágalo. Pero, ¿quién iba a querer matarnos? Ya no tenemos enemigos, E.T.A. se disolvió cuando dimos los derechos de determinación al País Vasco.

-Tenemos razones para sospechar que esto puede tener algo que ver con las conversaciones que tuvieron lugar en Portugal entre miembros de la extrema derecha, los cuales están bastante enfadados con respecto a las reformas que se han llevado a cabo en su gobierno.

-Naturalmente que han de estar enfadados, pero tanto como para querer matarnos... en fin, usted es el jefe de Policía y sabrá lo que hace. Le deseo suerte en la investigación y le aseguro que mi mujer y yo colaboraremos sometiéndonos a los protocolos de seguridad que hagan falta. Buen trabajo, señor López-Lima.

-Gracias, señor presidente. No permitiremos que le ocurra nada a usted ni a los suyos.

-Eso espero López-Lima. Eso espero –dijo Prometeo y colgó el teléfono. Su cara reflejaba la consternación que sentía. Lo peor, sin duda no era que él estuviera amenazado, eso lo llevaba bastante bien. Pero la idea de que pudieran arrebatarse a Helena... no podía soportarlo. Tenía que hablar con ella. Por supuesto, Helena tenía derecho a saberlo, como su mujer y, sobre todo, como primera ministra y también amenazada. Esos fascistas nunca habían soportado estar en la oposición. Y ahora, además, tenían que ver como el último reducto de lo que Franco dejó “atado y bien atado”, la monarquía, también se iba al garete, mientras su querido Partido Popular no levantaba cabeza. No iban a salirse con la suya. La ley y las fuerzas del orden estaban del lado del gobierno. Habían conseguido realizar su sueño y ahora nadie iba a robárselo. Y lo peor de todo es que era consciente de que, con el poder que ostentaba, si alguien le tocaba un pelo a su querida Helena, no viviría para contarlo. Sin duda que no.

Capítulo 47. Tiempo de terror.

Aquella noche del 20 de diciembre, cuando Prometeo llegó a su casa, en la Moncloa, encontró a Helena tirada en el sofá esperándole. La cena estaba hecha y la mesa puesta. Sobre la preciosa mesa de madera, lujosa y elegante, estaban colocados los platos y demás cubiertos y unas velas. Este detalle enterneció y conmovió a Prometeo, que no pudo contener las lágrimas. Helena, al verlo así, se asustó y se levantó deprisa a abrazarlo.

-¿Qué te pasa, cariño? Nunca te había visto así –dijo Helena, alarmada, mientras trataba de consolarlo acariciándole la espalda. Prometeo lloraba como un niño.

-Quiéren matarnos. Hemos sobrepasado la línea roja que marca el límite de lo admisible por la extrema derecha. En realidad es sólo una amenaza y van a doblar la guardia de la Moncloa. Tendremos guardaespaldas... pero escúchame, Helena. Yo no tengo miedo de esos matones fachas, si vinieran a por mí, les esperaría incluso sin guardaespaldas. Pero si te hacen algo a ti... no respondería de mis actos y eso, en mi situación, podría significar algo muy grave.

-Escúchame, Prometeo. Debemos ser fuertes –le dijo Helena, manteniendo la calma tras encajar como pudo la noticia. –Al fin y al cabo, las amenazas están entre los posibles problemas que ha de afrontar un líder político. Además, prometiste llevarme de nuevo a Venecia cuando acabara todo esto –dijo Helena y Prometeo no tuvo más remedio que sonreír ante la valentía de su esposa, que tenía fuerzas para hacer bromas en aquellas condiciones.

-Tienes razón, preciosa. Y lo haré porque, sin duda, te lo mereces. Venía destrozado y has conseguido subirme el ánimo. Eres maravillosa y además, tienes razón. Si quieren acabar con nosotros, tendrán que hacer algo más que asustarnos con sus estúpidas amenazas. Y mientras nos quede un hálito de vida, tendrán que someterse al gobierno legítimo que votaron por mayoría los españoles, en ejercicio pleno de sus derechos democráticos.

Mientras tanto, en un hotel del Paseo de la Florida, en Madrid, dos parejas muy bien vestidas entraban con sus maletas para hospedarse unos días. Tenían muy buen aspecto, eran jóvenes y atléticos y, por su apariencia, se diría que bastante adinerados. Pidieron un par de habitaciones dobles de lujo, en inglés. El recepcionista no era muy experto en los acentos anglosajones, pero detectó de inmediato que eran americanos.

-Muy bien, señores, estas son las llaves de sus habitaciones. Si le permiten, el botones llevará sus equipajes hasta sus puertas. Que disfruten de su estancia en el Hotel Florida Norte.

Una vez que ocuparon sus habitaciones y el botones se hubo ido, dos de ellos fueron a la habitación de los otros dos y cerraron la puerta con llave.

-Bien, este es el plan –dijo uno de ellos, mientras los otros escuchaban atentamente. – Tenemos órdenes de acudir a la reunión internacional de empresarios, en la que estará el presidente Prometeo y su esposa, Helena. Se dará un baile de cortesía en la Moncloa, al que acudirán distintas personalidades. Nosotros iremos como los jefes de dos grandes bancos americanos y vosotras sois nuestras mujeres. Mientras nosotros hablamos con Prometeo y el resto de los hombres, vosotras haréis lo propio con las mujeres. Cuando llegue el momento, yo le pediré amablemente un cambio de pareja a Prometeo y, el resto ya lo conocéis. Es muy importante que mostréis total naturalidad y elegancia. Se os ha entrenado en el baile y en la conversación fluida en castellano. No podemos fallar. De ello depende el futuro de este país y nuestras futuras relaciones estratégicas con ellos. ¿De acuerdo?

-De acuerdo –dijeron los otros tres a la vez, como auténticos autómatas.

-Está bien. Entonces, vosotros dos podéis retiraros a vuestra habitación a dormir, o a hacer lo que queráis. Tenemos un par de días de estancia en este hotel y todo está pagado. Disfrutad del tiempo libre.

-A sus órdenes, comandante –dijo al unísono la otra pareja, que salieron inmediatamente de la habitación, charlando y riéndose, como si fueran una pareja de enamorados que venía de vacaciones a la acogedora y hermosa España, en tiempo de festejos Navideños.

-Bueno, teniente, si le parece nos dejamos de formalismos militares y disfrutamos de esta habitación tan bonita que nos han preparado.

-Usted manda, comandante –dijo ella, desabrochándose lentamente el vestido.

-Por favor, Amanda, llámame Peter –dijo el comandante, aunque Amanda ya estaba ocupada en el cierre del pantalón de su superior y cuando consiguió abrirlo, dijo, riendo con travesura...

-¿Ah, sí? ¿Y a él cómo le llamo? –Esta pregunta provocó la risa de Peter, el comandante. Aunque la risa no duró mucho y fue sustituida por otro tipo de ruidos más típicos de una habitación doble de hotel.

Capítulo 48. Aquel maldito baile.

Ocurrió durante el 22 de diciembre de aquel año interminable de 2008. La fiesta era magnífica en la casa de los presidentes, en el Palacio de la Moncloa. El edificio parecía más alegre y esplendoroso que nunca, recibiendo, por primera vez en mucho tiempo, una auténtica celebración, en lugar de las aburridas reuniones de estado y negociaciones entre partidos políticos de siempre. Como anfitriones del baile, Prometeo y Helena vestían sus mejores galas y su mejor sonrisa, con el susto de unos días atrás desvanecido en sus memorias.

Quienes no se olvidaban de aquella amenaza eran los guardias de seguridad que custodiaban la puerta y habían registrado minuciosamente a cada uno de los invitados, circunstancia por la cual tuvo que disculparse Prometeo y alegar que era un mero trámite para salvaguardar la seguridad de todos. Helena estaba esplendorosa, sus ojos brillaban con firmeza y alegría y sus labios, tenuemente maquillados, desbordaban una sensualidad que turbaba a más de uno de los invitados. Las cabezas se volvían a menudo hacia su figura, delicada como la de un maniquí de escaparate. Otros se preguntaban si era esa la mujer que dirigía el país y había llevado a cabo una de las revoluciones pacíficas más exitosas de la historia de España. Las mujeres, envidiosas, se preguntaban cómo podía conjugarse tanto talento y belleza en una sola fémina. Más de una maldecía a la selección natural y al maldito código genético que había colocado todos los genes de la perfección en aquel individuo maravilloso.

No resultó extraño a nadie, por tanto, que durante uno de los bailes en los que Prometeo y Helena eran el centro de atención, uno de los invitados –un apuesto caballero muy bien vestido –pidiera permiso a Prometeo para cambiar de parejas de baile con él. El anfitrión, como era de esperar, no se negó y Helena pasó a los manos del caballero elegante, mientras que Prometeo bailó con una bella mujer rubia, con un vestido rojo, que se movía con gran ligereza y miraba a Prometeo de una manera provocativa y con una sonrisa arrebatadora.

El baile continuaba y las luces alumbraban a todos los puntos metálicos del decorado, emitiendo destellos desde las lámparas de araña del bonito salón de la Moncloa. Prometeo, que tenía ciega confianza en su esposa, se despreocupó de su pareja de baile y le preguntó a la mujer rubia que le cogía de los hombros:

-¿Qué le parece el baile, señora...?

-Johnson, pero llámeme Emily. Me parece un baile estupendo, señor presidente. Además, considero que usted y su mujer hacen una fantástica pareja –dijo la mujer, con marcado acento americano y con una mirada misteriosa.

-¿Usted cree? Lo cierto es que la quiero mucho. Es una mujer maravillosa, inteligente y muy bella, como podrá ver. Por cierto, usted también es una auténtica belleza, Emily.

-Me ruboriza usted, señor Presidente.

-Prometeo, por favor.

-De acuerdo, Prometeo. De verdad, me parece estupenda su fiesta y me caen muy bien los dos, a pesar de no tener el gusto de conocer a su mujer en persona. Es una lástima que eso no vaya a poder ocurrir...

-¿A qué se refiere? –contestó Prometeo, confuso. De pronto, le vino todo a la mente como un relámpago. Miró a la mujer rubia, que le sonreía con un brillo siniestro en sus ojos y supo que algo horrible iba a ocurrir. Se dio la vuelta con rapidez y miró a su mujer justo en el momento en que el caballero elegante la había cogido por la espalda.

-¡No lo haga, está usted rodeado de guardias, suéltela! –dijo Prometeo, con impotencia. Pero se dio cuenta de que el hombre no iba armado, qué iba a hacerle a su esposa si no llevaba ningún arma. Su pregunta se vio contestada antes de que le diera tiempo a abalanzarse sobre él. El caballero elegante, en décimas de segundo, agarró la cabeza de su mujer con las dos manos; puso una en la frente y otra en la barbilla y con un gesto automático y demoledor, le giró bruscamente el cuello, con un chasquido macabro. La bella Helena se desplomó sobre el suelo brillante del salón de la Moncloa y su delicada cabeza golpeó las baldosas como un peso muerto.

-¡Hijo de puta! ¡Helena, Helena, respóndeme! –dijo Prometeo, desesperado, mientras sostenía la preciosa cabeza de su mujer, intentando que su cuello desencajado girara para mirarle a los ojos. Pero era inútil. Aquel cuerpo perfecto, lleno de vida y energía hace sólo unos minutos... aquellas mejillas sonrosadas, esos ojos azules que le miraban con tanta intensidad... todo estaba muerto, inerte. Todo había acabado.

-¡Ahhhhhhhhhh! –el grito de Prometeo fue horrible, agónico. En vano los guardias ya se abalanzaban sobre los cuatro americanos, esposándolos e insultándolos. Ellos, sabedores de que había cumplido su misión con eficacia, no intentaron escapar. Sabían que habían de sacrificarse por la causa de su misión. Pensaban, confiados, que se les extraditaría a su país, donde el FBI y la CIA les prepararían un exilio dorado en alguna isla del Pacífico. No había consuelo para el reciente viudo. Su mujer lo había sido casi todo en su vida. A pesar de sus ambiciones políticas y sueños cumplidos, la razón por la que seguía adelante con todo aquel asunto de la revolución era Helena. Su ilusión y su sonrisa, cuando supo que iba a ser primera ministra, su enorme capacidad de trabajo y sus ganas de vivir habían sido el motor de toda aquella aventura. Y ahora yacía inmóvil sobre el frío suelo del salón, mientras su asesino era conducido al furgón policial, junto con sus tres compinches.

Algunos de los invitados se acercaron a intentar consolar a Prometeo. Al poco rato, llegaron Virgilio, Felipe y Luis, sofocados y nerviosos. Cuando vieron la escena, no pudieron contener la emoción. Virgilio se echó a llorar y se arrodilló junto al cadáver de su querida amiga y compañera. Felipe y Luis fueron a dar el pésame a Prometeo, mientras maldecían a toda la familia del asesino, a todos los americanos y, por si acaso, a pesar de que eran ateos, aprovechaban para soltar todas las blasfemias y abominaciones que, en aquel duro momento pasaban por su cabeza, contra toda divinidad que pudiera haber existido en cualquier momento de la historia.

Capítulo 49. Caída en picado.

Al día siguiente, el 23 de diciembre, Madrid se despertó de luto. Se preparaba un gran funeral consecuente con la enorme tragedia del magnicidio que se había vivido la víspera. La cara de Prometeo era un canto a la locura y la desesperación. Pero a pesar de todo, una horrible determinación le obligó a dirigirse a toda España para hablar, con una fuerza que sólo la rabia y el deseo de venganza pueden despertar en un hombre de natural pacífico como era Prometeo.

-Querido pueblo de España. Hoy ha muerto para mí todo lo valioso de la vida. Ayer murió mi esposa, y con ella los ideales y la grandeza de la democracia, que representaban para mí lo más importante y lo que había que defender con la vida. Ayer murió la mitad de mi ser y con él se reunirá en la nada la otra mitad, dentro de muy poco. Pero antes de sumirme en el dolor y disolverme en el olvido, y haciendo uso de mi condición de jefe de Estado y de gobierno, ordeno el estado de guerra y el fusilamiento, esta misma noche, con juicio sumárisimo, de los cuatro americanos que planearon y ejecutaron la muerte de mi querida esposa, Helena.

Toda la multitud congregada quedó en silencio. No podían creer lo que estaban oyendo. El presidente de la república, un hombre bueno y pacífico, acababa de ordenar la ejecución de cuatro personas. Hubo murmullos de desaprobación pero pronto fueron aplacados. Objetivamente, era una barbaridad, pero el pueblo también sufría la rabia y la sed de venganza que enloquecía a Prometeo y fue esa locura la que les llevó a ovacionar a su querido presidente, incluso después de decir lo que había dicho.

Aquella misma noche, se celebró una procesión con los restos de Helena en un ataúd, envueltos con la bandera tricolor y dentro de un enorme coche fúnebre. Detrás del coche y acompañados de policías, iban los condenados a muerte, llorando y gimiendo con caras de desesperación y de incredulidad. Su exilio en el Pacífico se había trocado por un lote de balas de plomo que iban a alojarse en su pecho y, ni el FBI ni la CIA podrían hacer nada por evitarlo.

Prometeo lloraba junto a sus amigos y compañeros, desconsolado. En su cabeza sólo cabía la rabia, el desconsuelo y la desesperación, así como el ánimo de venganza y la sed de sangre que no le permitían pensar en la caída en picado que iba a suponer este acontecimiento para su carrera política y para su vida. Pero era un ser humano, una persona como las demás, que sólo se diferenciaba del resto por ostentar un cargo de enorme poder y por haber perdido a la persona a la que más amaba en el mundo. Esa fatídica, explosiva combinación tuvo que darse para que un ser bueno y amable, idealista y generoso como era Prometeo se hubiera convertido en un monstruo despiadado y sediento de sangre.

Cuando la procesión llegó a su final, colocaron a los reos de espaldas a un muro, con un pelotón de fusilamiento frente a sus caras consternadas. A la orden del propio Prometeo y ante las caras con todo tipo de expresiones del público asistente, el pelotón descargó sus fusiles contra los americanos, que cayeron al suelo con montones de pedazos de plomo en su torso agujereado.

Sólo le restaba una cosa por hacer. Había caído al abismo más profundo al que, metafóricamente puede precipitarse una persona, por muy miserable que sea su vida. Pero tenía pendiente una promesa. Visitaría Venecia y el Puente de los Suspiros, donde aquella vez le prometió a Helena que volverían a ver los canales de la Ciudad Eterna.

Cogió el avión y todo pasó muy rápido. En su mente volvían a sucederse los acontecimientos desde la fundación del Club de las Mentes Inquietas. ¿Cómo habían llegado a aquél punto? ¿Cómo el poder y la ambición escondían aquél reverso macabro y horrible que le había llevado a mandar matar a cuatro personas? El trabajo de toda una vida, aquellos días que Helena le había dedicado al club, los difíciles comienzos y también los buenos momentos... todo se había ido al infierno en un solo día de furia. Pero ¿quién había sido capaz de matar a su querida Helena? Era una mujer que no había hecho nada malo en su vida, toda España la adoraba...

Se sintió indigno de sí mismo y de la compañía de su mujer. Había cometido un auténtico crimen, algo que Helena nunca habría hecho, ni hubiera querido que si hiciera en su nombre. Había sido tan miserable de manchar el inmaculado nombre de su esposa con una acción digna de un indeseable dictador. Ni siquiera merecía vivir.

Como si flotara ingravidamente, a gran velocidad, vio pasar ante sus ojos el aeropuerto y la gran ciudad de Venecia, con sus canales y sus hermosos edificios. Estaba tal y como la habían dejado cuando volvieron de su luna de miel. Aquella ciudad no había cambiado, no se había enterado de los años que habían cambiado radicalmente la existencia de Prometeo. Porque para aquellas construcciones que habían aguantando estoicas el paso de los siglos, Prometeo era un ser insignificante, un insecto que viviría y moriría en un lapso de tiempo apenas imperceptible en comparación con su antigüedad.

Y planeó como en sueños hasta que vino a posarse en el mismo punto del puente donde había pronunciado la promesa que nunca jamás podría cumplir. Allí, como un autómatas, sacó de su bolsillo el arma que había comprado en medio de su somnoliento paseo por la ciudad de cualquiera sabe qué mugrosa tienda ilegal y, sin pensarlo, se colocó la pistola en la sien.

-¡Te quiero, Helena, perdóname! –gritó en medio de su demencia y se descerrajó un tiro que acabó de una vez por todas con todas sus penas y lo precipitó a las aguas del canal. Un tripulante de una góndola lo vio caer y lo recogió pensando que aún vivía. Al verlo muerto, llamó a la policía y los agentes italianos no tardaron en reconocer al cadáver del presidente de la república de España. En lo que quedaba de su cara, podía verse un gesto tranquilo. Al menos al final, su conciencia le dejó morir en paz.

Epílogo

Unos años más tarde, concretamente un par de décadas, Virgilio se encontraba en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Estaba dando un discurso ante miles de personas. Toda la prensa se había congregado alrededor del edificio y decenas de ilustres personalidades del momento ocupaban los primeros asientos. Lo cierto es que Virgilio se había convertido en el más ilustre filósofo español vivo y uno de los más grandes de todos los tiempos, pero la gente no había venido por él. Ese día no. Entre los asistentes, en los dos primeros asientos, y sin poder contener las lágrimas, estaban Felipe y Luis, con sus mujeres, además de Teresa, la mujer de Virgilio. El acto consistía en un sentido homenaje a un antiguo presidente de la Tercera República y a su mujer, la primera ministra: se trataba de Prometeo y Helena. Al final del discurso, donde elogió la figura de sus dos amigos con palabras de agradecimiento y elogios políticos y amistosos, estalló en lágrimas apoyado en su tarima, que tantas veces había aguantado el peso de sus brazos en anteriores discursos y exposiciones.

El respetable público prorrumpió en aplausos y les fueron entregadas a título póstumo las distinciones de Doctores “Honoris Causa” de la Universidad Complutense al matrimonio de dirigentes políticos que encabezaran el cariñosamente llamado “gobierno de los filósofos”. Ahora los chavales estudiaban en la Historia de España, con orgullo, aquel magnífico período de la historia de su país y se preguntaban, interesados, qué pudo llevar al glorioso presidente Prometeo a cometer el tremendo error de ejecutar a cuatro hombres y suicidarse. Ante la pregunta, muy frecuente, los profesores solían responder, con gesto serio: “Espero que nunca tengáis que comprenderlo”.

La ceremonia acabó en el mausoleo que los amigos de Prometeo le habían levantado en el cementerio de la Almudena, cuando pasó la época de la restauración de la monarquía y los gobiernos de derechas. De hecho, sólo cuando un tal Gallardón perdió las elecciones, de nuevo ante los socialistas, se permitió homenajear al que hasta entonces había sido un personaje radical y con las manos manchadas de sangre. Ya en el mausoleo, la gente congregada en recuerdo de los dos políticos y conmemorando el vigésimo aniversario de su muerte, fueron dejando flores sobre las tumbas de ambos personajes, con respeto y veneración.

El país volvió al día a día y la política regresó al bipartidismo aburrido y mediocre que se había practicado desde la llegada de la democracia. Sólo los amigos y compañeros recordaron que una vez, en su país, hubo unos políticos que estuvieron muy cerca de merecer los cargos que les fueron concedidos.

Novés, 15 de septiembre de 2006.